

LAS BATALLAS
DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES

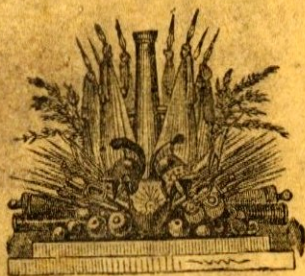
Y

EL ARTE DE LA GUERRA,

POB EL GENERAL ECUATORIANO

FRANCISCO J. SALAZAR,

Miembro Correspondiente de la Academia Española.



LIMA

IMPRENTA DEL UNIVERSO, DE CARLOS PRINCE,
CALLE DE LA VERACRUZ N° 71.

1882

LAS BATALLAS
DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES

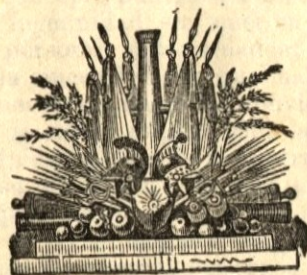
Y

EL ARTE DE LA GUERRA,

POR EL GENERAL ECUATORIANO

FRANCISCO J. SALAZAR,

Miembro Correspondiente de la Academia Española.



LIMA

IMPRENTA DEL UNIVERSO, DE CARLOS PRINCE,

CALLE DE LA VERACRUZ N° 71.

—
1882

por los inmensos beneficios que prestó á la causa de la libertad con admirable abnegacion y constancia. La historia reconoce á Moreau como uno de los generales mas distinguidos de la revolucion francesa, no embargante las faltas que él cometió en la ejecucion de sus propios planes, así en su célebre campaña de 1726 contra el Archiduque Carlos cuanto en la no ménos famosa de 1800 contra Kray; y la circunstancia de haber dicho Archiduque señalado con hidalguía en sus «Principios de estrategia» los desaciertos en que incurrió en su campaña contra Jourdan y Moreau, léjos de menguar su fama, la ha mas bien, en cierto modo, aumentado. Finalmente, Napoleon el Grande no ha dejado de ser el primer capitán del siglo á pesar de que, á la manera de Homero en su retrete, solia á las veces dormir sobre su caballo de batalla, como lo prueban su tardanza en llegar al campo de Ligni, sin lo cual Blucher no habria logrado reunirse á Wellington en Waterloo, y el haber dado el año de 1814 en malas condiciones y á destiempo las batallas de la Rothière, Arcis, Craonne y Laon, que han sido calificadas por escritores de cuenta de innecesarias y aún ocasionadas á terribles desastres.

3.ª No siempre que un general se aparta de los principios de la ciencia, dejando de hacer lo que ellos aconsejan ó haciendo lo que reprueban, debe atribuirse su conducta á ignorancia, descuido ó mala fé; pues á lo primero obligan con frecuencia graves motivos de política, ó bien la topografía del terreno, la calidad, grado de instruccion, disciplina ó estado moral de las tropas; y, en cuanto á lo segundo, aún hay ocasiones en que no se trepida en ejecutar una operacion reprobada, por peligrosa, cuando hay razones fundadas para creer que aventurándose á ella se puede obtener algun gran resultado, en fuerza de la apatía, impericia ó falta de resolucion del general en jefe enemigo ó de otras excepcionales circunstancias. Ejemplos de uno y otro caso son respectivamente los dos que siguen:

1.º Napoleon, en su admirable campaña de 1814, despues de derrotar á Blucher en Montmirail y Vauchamps, mientras Schwarzenberg se aproximaba rápidamente á París por el Sena, en vez de llevar á cabo su proyecto de atacar al último de estos generales por su flanco derecho, se resolvió más bien á hacer un largo rodeo para interponerse entre la capital y el enemigo, sacrificando de esta suerte

las ventajas de sus victorias sobre las tropas de Silecia, temeroso de las consecuencias que podia producir la alarma en que estaban los parisienses con motivo de la presencia de los aliados en las inmediaciones del Yeres.

2.º No podia ignorar el experto general Lee que no deben dividirse las fuerzas de un ejército amenazado por otro superior en número, y sin embargo en su campaña de Virginia (1862), hallándose cerca de la márgen setentrional del Rappahanock que ocupaba el poderoso ejército federal, mandado por Pope, cuya incapacidad militar no le era desconocida, destacó al general Jackson á efecto de que envolviese la retaguardia del enemigo, casi seguro de que este, en vez de aprovecharse de tan oportuna ocasion para darle un golpe decisivo, ántes le habia de permitir, con desconcertados movimientos, reunirse á su infatigable teniente y darle batalla en terreno ventajoso; todo lo cual se verificó punto por punto; y el ejército de Pope, derrotado en Bull-Run atravesó este rio con grandes pérdidas y fué á refugiarse en las fortificaciones de Washington.

Por lo demás, sólo por complacer á varios amigos nos hemos resuelto á dar á la estampa este ligero ensayo que si algun mérito tuviere no ha de ser, por cierto, sino el de la imparcialidad con que ha sido escrito, una vez que, no perteneciendo nosotros á ninguna de las tres repúblicas empeñadas en la luctuosa lucha que de todo corazon deploramos, nuestra mente, al emprender, por amor al arte, en este trabajo, ha estado tan libre del entusiasmo patriótico que todo lo magnifica y ensalza, cuanto de las pasiones de bandería que con frecuencia tratan de empuqueñecer y echar por tierra aún las más grandes y encumbradas hazañas.

II.

PREPARATIVOS BÉLICOS.

Destruídos que fueron los ejércitos aliados que defendian las provincias litorales del Perú, el gobierno de Chile se propuso encaminar sus victoriosas huestes hácia el punto objetivo de toda campaña ofensiva, que es la capital de la nacion enemiga; pero mientras preparaba los medios de llevar á cabo tamaña empresa, no se dió, por su parte, el Jefe Supremo del Perú un instante de reposo en su empe-

ño de organizar una vigorosa defensa, á pesar de que su patria, agobiada con el peso de los desastres sufridos, se hallaba sin suficientes soldados en los cuarteles, sin armas en los almacenes, y, lo que es más, sin dineros en las arcas nacionales. Dificil parecia que de tan lastimoso estado surgiera algo que dejase entrever la posibilidad de conjurar la tormenta que en breve iba á desatarse sobre la ciudad de los Reyes, y sin embargo fué tal la energia de la actividad desplegada por el caudillo peruano, que bien pronto la triste situacion de la república se trocó en otra, al parecer, no poco halagüena y prometedora de felices sucesos.

Lima se convirtió, con efecto, en un inmenso campamento, no ménos que en un vastísimo arsenal. Cruzábanse por sus calles, en todas direcciones, innumerables carretas cargadas de elementos bélicos, traídos de ultramar sucesivamente y en grandes cantidades, burlando siempre sus conductores la constante vigilancia de los cruceros chilenos, despues de vencer los serios obstáculos que para el embarque de cada cual de las remesas en referencia oponian en Panamá los activos agentes de Chile. De esta manera toda introduccion de armas y de municiones, por insignificante que pareciera, importaba una verdadera victoria, y como tal era celebrada con justo júbilo por el patriotismo de los limeños. Pocos dias se ponía el sol sin que hubiese entrado en la ciudad algun cuerpo cívico, más ó ménos numeroso, con el objeto de engrosar las filas del ejército. A cada instante el estruendo de la dinamita anunciaba la voladura de rocas ó peñascos, hecha para disponer en la cima de este ó aquel cerro el pavimento de cómodas esplanadas, que luego aparecian guarnecidas de gruesa artillería izada hasta allá arriba, no sabemos cómo; y hubo vez que ese imponente retumbo llegó á significar, no ya un picacho desaparecido, sino la destruccion de un buque de guerra enemigo que, libre de sus tripulantes arrojados al aire en fragmentos carbonizados, acababa de sepultarse en el abismo de las aguas, despues de balancearse un instante sobre las ondas estremecidas. Entre tanto allá á extramuros de la ciudad considerables masas de líquido metal se precipitaban de continuo en cascadas de fuego desde los hornos de fundicion á los respectivos moldes, y convertidos en relucientes cañones modernos de batalla ó de montaña, rodaban luego aquí y allí sobre

ligeras cureñas arrastradas. á tiro par, ó entero, por esforzados caballos en rápidas evoluciones. Finalmente, cuarenta y ocho batallones armados y equipados á la moderna, fuera de dos regimientos de artillería, formados como por encanto, se ejercitaban diariamente en las grandes plazas y avenidas de la capital en las lecciones de batallon, á presencia del pueblo asombrado, así por lo considerable de tales fuerzas como por la prontitud con que se habian instruido.

Este magnífico espectáculo reanimó el espíritu de los habitantes de Lima, á la sazon un tanto abatido á causa de los sucesos de Tacna y Arica, y engendró en él ciega confianza en el triunfo de las armas peruanas, hasta el punto de no haber quien no desease que cuanto ántes se efectuara la anunciada expedicion de los chilenos á Lima, teniéndose por seguro que en ella encontrarían una tumba ignominiosa.

La prensa limeña no se andaba tampoco en flores en esto de coronar de antemano con los laureles de la victoria los estandartes de las huestes que el Perú apercibia á la pelea, y hablaba de los chilenos quizas con mayor desprecio que aquel con que pudieron mirar los romanos á los hebreos atados al carro triunfal de Tito y Vespasiano. ¡Tanto deslumbra aun á los hombres ilustrados el halagüeno resplandor que rodea á las espesas columnas de amigas bayonetas, vistas con el prisma del patriótico entusiasmo! Otra cosa, empero, suele suceder cuando el arte, siempre sereno é impasible, se propone estimar lo que un ejército puede pesar en la balanza de la victoria. Si, pues, un militar inteligente é imparcial hubiera presenciado los ejercicios á que acabamos de hacer referencia, habría descubierto en las tropas que los practicaban cierta falta de solidez y de marcial despejo, proveniente de no habérselas hecho, á causa de la estrechez del tiempo, sino frisar con la instruccion del recluta y de compañía para engolfarlas en las evoluciones de batallon, en el órden cerrado, las más de ellas impracticables en las batallas modernas, las cuales exigen que el soldado sepa, ante todo, cubrirse aun con las más leves accidentes del terreno, en el órden abierto, que es hoy el de combate, sin que ello sea parte á disminuir el ímpetu y la simultaneidad en el ataque, ó la tenaz resistencia en la defensa, ni ménos le impida hacer el

uso debido del rifle de retrocarga, tan poderoso en manos de un tirador bien ejercitado en su manejo.

A esta desventaja, nacida, como hemos visto, de una causa puramente accidental, se añadía otra más irreparable, como que estaba íntimamente ligada con la economía misma del cuerpo de dicho ejército. Nos referimos al hecho de haberse compuesto su personal de hombres de razas diferentes, en cada una de las cuales el patriotismo se modifica de diferente manera en su modo de ser, no ménos que en sus tendencias y direccion de ideas.

Así el indígena que combatiría quizá como un leon por el restablecimiento del imperio de los incas ó cosa parecida, no está para derramar una sola gota de su sangre por que sus opresores sean los descendientes de Pizarro ó Carbajal más bien que los de Almagro ó Valdivia. Unos y otros, ora hayan nacido en el Perú, ora en Chile, son á sus ojos, tan extranjeros como lo eran á los de los españoles los moros nacidos en Córdoba ó en Granada.

Los hombres de raza africana, que en el Perú, como en otras repúblicas sud-americanas, en que las instituciones democráticas no han llegado á la plenitud de su desarrollo, han quedado de hecho excluidos del sacerdocio, de las Cámaras legislativas, y de los altos empleos civiles y militares, quisieran que los criollos españoles tuvieran una sola cabeza para traerla á sus pies de un solo tajo de sable. Es, por lo mismo probable, que al hallarse en las filas, comandados tal vez por algunos jovencitos barbilindos, quienes en su concepto eran ménos acreedores que ellos á ceñirse la espada de oficial, hayan visto en esto un odioso privilegio concedido, contra el tenor de las leyes, al color blanco de la piel.

Por último, el voluntario de raza española, que no trepida en dejar las dulzuras y regalos del hogar, por empuñar el fusil en defensa de su patria, halla ménos duro el correr á la muerte por el camino de las privaciones y azares de una ruda campaña que el haber de hombrearse como soldado con el indio á quien poco ántes había vapuleado en su hacienda á mantenido, ó con el hijo de una esclava de sus padres que hasta le precede en la fila en razon de su mayor estatura.

Si, pues, no andan á una las voluntades de los individuos de un ejército, sino que, por el contrario, hay en ellos señalado antagonismo; si la causa para cuya defensa

se han armado no es mirada por todos con igual interes, claro se está que tal ejército, aunque puede marchar, combatir con más ó ménos brio y aun alcanzar la victoria, se halla, sin embargo, á cada paso á dos dedos de su completa disolucion, seguida, por lo general, de excesos semejantes á los ocurridos en Lima el 16 de enero, y despues de esta fecha en Cañete y otros lugares. A tamaño mal están expuestos los pueblos que, como el Perú, no han llegado todavía á resolver el árduo problema de destruir por completo la scausas que impiden que las agrupaciones de hombres de razas diferentes, mirándose como hermanas, y depuestos los ódios y las desconfianzas que las dividen, se encaminen asidas de las manos por el sendero de la concordia á idénticos fines sociales y políticos. De ello se resentían forzosamente las tropas peruanas destinadas á hacer frente á otras ménos numerosas que ellas, pero mas homogéneas, y compactas, bien instruidas, y acostumbradas, sobre todo, á marchar siempre adelante en el sangriento camino de sus brillantes victorias.

III.

EL DESEMBARQUE.

El 22 de diciembre de 1880 desembarcaba, sin oposicion, en la caleta de Curayacu, distante una jornada de Chorrillos, parte del ejército chileno, mientras que su primera division, comandada por el infatigable coronel Lynch, habiendo ejecutado por tierra desde Pisco una larga y penosa marcha, se acercaba á Chilca, situado á tres leguas al Sur de Curayacu, hostilizada de cuando en cuando por dos escuadrones de caballería enemiga.

El 23, los tambores y cornetas de los Angeles, Tacna y Arica, anunciaban en el valle de Lurin la presencia de seis batallones de infantería y un escuadron de caballería de las tropas expedicionarias, en tanto que continuaba activamente el desembarque de éstas, así como el de víveres, pertrechos y material de artillería, sin que para dar cima á tan delicada y morosa operacion, hubiese habido que vencer más obstáculos que los provenientes de la naturaleza en parajes descubiertos, constantemente batidos por las olas del mar, no poco agitado á la sazón.

Semejante desembarque, ejecutado á cuatro pasos del

ejército contrario, que por hallarse en el centro de sus recursos debía estar bien provisto de los medios necesarios para su inmediata movilidad, fué en extremo aventurado; por lo cual es de creerse que el cuartel general chileno no se resolvió á practicarlo sino obligado á ello por la dura ley de una imperiosa necesidad, y contando, probablemente, con que los peruanos se encerrarían de nuevo en la defensiva pasiva, como lo habían hecho, no sabemos por que razones, en la campaña de Tacna, á pesar de que su ejército del Sur, era mas maniobrero y movable que el destinado á la defensa de Lima. Fácil es entrever cual habría sido el resultado de tan peligrosa operacion, si el ejército peruano, situándose en Chorrillos desde que tuvo lengua de la marcha de la 1.ª División chilena hacia el Norte de Pisco, se hubiese movido en masa el 24 de diciembre, sobre Lurin y Chilca, con la mira de atacar desde luego á las tropas que hasta entónces habian desembarcado, y en seguida, á las comandadas por el coronel Lynch, que, segun parece, se hallaba en esa fecha, á considerable distancia á retaguardia de aquellas.

Al fin, todo el ejército de Chile, con el abundante material de guerra de que habia menester para seguir adelante y combatir, llegó á reunirse en Lurin á los cuerpos que lo habían ocupado el 23; hecho que, ciertamente equivalía á una importante victoria, una vez que la primera y más fuerte línea de defensa peruana, constituida por los barrancos de la ribera del mar, había sido tomada, quedando desde entónces sin objeto, no solamente los fuertes construidos en Miraflores y Chorrillos, sí que tambien las costosas é inexpugnables fortalezas del Callao. Este ciclope del Perú, acababa, pues, de recibir sin combate la honda herida que le redujo á la impotencia, y en la agonía de su despecho, se preparaba á sepultar en sus entrañas, no ya como ántes, á los hijos de Chile, sino á los suyos propios, no fuera que cayesen en poder de su audaz enemigo, quien pudo decir:

“ Vidi eg met, duo de numero quum corpora nostro

Premsa mano magna, medio resupinus in antro

Frangeret at saxum vidi atro quum membra fluentia tabo

Manderat, et tepide tremereut sub dentibus artus.”

Desde que el ejército chileno llegó á establecerse sólidamente en el valle de Lurin, su General en Jefe pudo

tambien decir lo que el ilustre Grant, cuando el 29 de Marzo de 1865 veía al gigante del Sur tambalearse cubierto de sangre entre Petersburgo y Richmond: “ I now feel like ending the matter,” (siento como que ya la cosa va tocando á su término.)

IV.

RECONOCIMIENTOS.

Los graves cuidados que exigía el desembarque, no preocupaban la atencion del general Baquedano hasta el punto de distraerle de la vigilancia necesaria para evitar una sorpresa de parte del enemigo, y de las providencias conducentes á saber con alguna fijeza el número á que ascendían las fuerzas de éste y las posiciones que á la sazón ocupaba. Con tal intento se practicaron varios importantes reconocimientos desde el 24 de diciembre hasta el 10 del próximo enero, tres de los cuales dieron lugar á combates parciales en que las tropas peruanas tuvieron siempre la peor parte. Con efecto, el coronel Dublé, reconociendo el terreno por el flanco derecho, encontró fuerzas enemigas situadas en las alturas de Manchay y trabando con ellas un largo tiroteo les causó algunas pérdidas, tomándoles ademas cuatro prisioneros.

El 25 los dos escuadrones de caballería peruana, que, como hemos dicho, habian hostilizado á la division Lynch en su marcha á Chilca, se hallaban cerca de la aldea de Pachacamac, dirigiéndose á Lima, cuando atacados repentinamente en el Manzano por algunas compañías de infantería, mandadas por el coronel Barboza, fueron arrollados y desechos, dejando en el campo un jefe y 15 individuos de tropa muertos, y, en poder del enemigo, 98 prisioneros, incluso su coronel, Don Pedro J. Sevilla.

Finalmente, el 9 de enero el mismo coronel Barboza, al mando de unos dos mil hombres de las tres armas, dejando á su izquierda las líneas fortificadas que ocupaban los ejércitos contrarios en Chorrillos y Miraflores, logró penetrar en el valle de Ate situado á las goteras de Lima, para lo que, sin cuidarse de las bombas automáticas que estallaban bajo las plantas de sus tropas ni de los proyectiles huecos que los cañones de los fuertes veci-

nos arrojaban, arrolló al frente de un peloton de caballería una fuerza enemiga parapetada al traves del camino angosto por donde forzosamente hubo de avanzar, mientras que por medio de algunas guerrillas de infantería ponía en derrota á los tiradores que defendían el paso desde sus alturas laterales.

Excusado es decir lo mucho que estos golpes sucesivos, dados con tanto arrojo como maestría, debieron afectar la moral del soldado peruano, persuadiéndole á que la fatídica luz de la estrella de San Francisco y del "Campo de la Alianza" todavía centellaba ominosa á las márgenes del Rimac en las bayonetas chilenas.

Con el último doble reconocimiento del enemigo y del terreno se dió fin á los estudios que hubo de hacer el General Baquedano para poder formar con probabilidades de buen éxito el correspondiente plan de batalla.

V.

ORGANIZACION.

El ejército que Chile había destinado á la toma de Lima se hallaba organizado en tres divisiones, cada una de ellas compuesta de dos brigadas de infantería, un regimiento de caballería y dos brigadas de artillería.

En la 1.^a Division, puesta á las órdenes del coronel Don Patricio Lynch, la primera brigada de infantería constaba de cuatro regimientos, y la segunda, de tres, más un batallon suelto.

En la 2.^a Division, comandada por el General Don Emilio Sotomayor, la primera brigada tenía tres regimientos, y la segunda, otros tantos, más un batallon.

En la 3.^a Division, al mando de Don Pedro Lágos, la primera brigada se componía de tres regimientos y un batallon suelto, y la segunda, de un regimiento y tres batallones sueltos.

El regimiento de infantería chileno consta de dos batallones, debiendo tener cada uno de estos 600 plazas, distribuidas en seis compañías, como se acostumbraba en varios ejércitos europeos antes de la guerra franco-alemana.

La artillería, al mando del coronel Don José Velasquez, se componía de dos regimientos, de los cuales el 1.^o constaba de dos brigadas y el 2.^o de cuatro. Cada brigada

constaba de dos compañías debiendo tener cada una de estas 150 plazas.

Habia tres regimientos de caballería, armados de sable y carabina, y compuestos de dos escuadrones, cada uno de ellos con más de 200 plazas, distribuidas en dos compañías.

En la campaña de que se trata, los batallones de infantería tenían, por lo general, una fuerza inferior á la que les corresponde segun la ley.

La unidad de combate en la infantería chilena es el batallon; pues no se ha adoptado en ella la *columna de compañía*, ni su reglamento *táctico* ha llegado á ajustarse á las radicales reformas que constituyen el sér de la táctica moderna, para la cual, sea dicho de paso, el soldado de Chile tiene especial aptitud, si se ha de juzgar por la conducta que, como por instinto, observó en los combates de la última campaña. Sin embargo, dicho reglamento se distingue entre los de su clase por la rapidez y flexibilidad que da á los movimientos que prescribe, los mismos que se ejecutan, generalmente, desfilando por hilceras las mitades de compañía, bien que no siempre sin presentar el flanco ó la espalda al lado en que se supone se halla el enemigo, como acontece, por ejemplo, en varios cambios de frente, ó cuando pasándose del orden de columna al de batalla, ó á la inversa, han de resultar las tropas formadas en otro punto con frente á retaguardia. Tales movimientos son, además muy vistosos y los batallones los practican con sorprendente destreza y señalado despejo.

Las fuerzas peruanas, prescindiendo de las que formaban la guarnición del Callao y del personal destinado al servicio de la artillería de grueso calibre de los diferentes puertos estaban organizadas en tres ejércitos, denominados del Norte, del Centro y de Reserva. Cada uno de ellos se componía de dos trozos de sólo infantería, llamados *cueros de ejército*, á pesar de que carecían de artillería y caballería propias.

El cuerpo de ejército era formado de dos ó tres divisiones, cada una de ellas compuesta de tres batallones, en los ejércitos del Norte y del Centro, y de cuatro en el de Reserva.

En los dos primeros la fuerza del batallon se aproximaba más ó menos á 600 plazas, y en el tercero, constaba de 300 á 400 á lo más.

La caballería en cada ejército constaba de un cuerpo de 250 á 300 hombres, distribuidos en dos escuadrones, al cual se le había dado el nombre de *brigada*, con el que, como es sabido, suele designarse en el arma la reunion de dos ó tres regimientos, cada uno de ellos compuesto de varios escuadrones.

La artillería, que formaba una entidad independiente de las fuerzas antedichas, se componía de un regimiento á lomo y otro volante. El total de su fuerza llegó á 1300 hombres con 104 piezas de retrocarga, de batalla y montaña, entre las que habia 8 Vavasseur y 4 Krupp. Las demás habian sido fundidas en Lima, 30 por el ingeniero Grieve y los restantes por White.

El total de las fuerzas destinadas á la defensa de Lima y el Callao, ascendía á obra de 30,000 hombres, incluyéndose en ellas el batallon Pachacamac de unas 300 plazas, dos batallones de 500 plazas cada uno, organizados la víspera de la batalla de Chorrillos con reclutas de Ayacucho y Canta, una columna compuesta de 80 oficiales, al mando de Don M. Velarde, y un escuadron de caballería, con 126 hombres, que hacía la guardia de honor al Jefe Supremo.

Los demas pormenores de la organizacion un tanto ex-céntrica de las tropas peruanas se hallan puntualizados en el apéndice que va al fin de este folleto.

VI.

POSICIONES.

Para la defensa de la capital se habían establecido las tropas peruanas en dos líneas, situadas la una á retaguardia de la otra, formando entre sí un ángulo agudo, cuyo vértice era el punto de interseccion de las dos por el costado izquierdo, suponiéndolas un tanto prolongadas por dicho lado. La distancia que las separaba por su extremidad derecha, ó sea por el oeste, era como de cuatro kilómetros.

La primera línea se hallaba establecida sobre las cimas de la cadena de cerros que, partiendo del paraje llamado Punta de Chorrillos, á orillas del mar, se extiende unos cuatro kilómetros hácia el Este, y luego sigue en direccion al Norte, encerrando por el Sur y el Oriente el valle

en que se hallan las poblaciones de Chorrillos, Barranco, Miraflores, y, finalmente, Lima.

En toda la extension de estas alturas, cuyas pendientes son rápidas y de terreno por extremo deleznable, se habían construido con esmero dilatados atrincheramientos, y de trecho en trecho *semi-reductos* guarnecidos, algunos de ellos, de piezas de artillería de grueso calibre. Por último 92 cañones de batalla y montaña, y no pocas ametralladoras, se hallaban distribuidos en los parajes que podian causar más grave daño al enemigo.

Como se echa de ver la línea que acabamos de describir formaba un ángulo saliente, condicion que importa evitar por las desventajas que, por lo general, encierra. Era, además, bastante extensa, pero no tanto que no pudiese defenderse con buen éxito por las tropas situadas en ella; pues además de ser intrínsecamente fuerte, los cuerpos de infantería que la ocupaban estaban en su totalidad armados de rifles de retrocarga; circunstancia que, en concepto de militares de nota, hace, si no imposible, sumamente difícil tomar de frente á viva fuerza una posicion atrincherada. Fuera de lo dicho, la historia contemporánea ofrece varios ejemplos de haberse defendido con provecho líneas más extensas que la de Chorrillos con fuerzas relativamente inferiores á las establecidas en esta. Citaremos algunos de ellos. En 1862 el ejército del Potomac, compuesto de unos 35,000 hombres, comandado por el general Mc Clellan, se retiraba del Chickahominy hácia el rio James, vivamente perseguido por el enemigo, y, despues de cinco dias de rudos combates, hizo alto el 30 de junio en la extensísima posicion que, comenzando en Malvern Hill, se extiende por las alturas de la derecha hasta dicho rio James. Atacado el 1.º de julio por el ejército del general Lee que constaba de 60,000 combatientes, se mantuvo firme en su terreno, rechazando al fin vigorosamente al enemigo que retrocedió, no sin sufrir grandes pérdidas de gente. En 1865 el ejército de los Estados Confederados, al mando del general Roberto Lee, compuesto apenas de 40,000 hombres, ocupaba una línea atrincherada de obra de 40 millas de extension en los alrededores de Richmond y Petersburgo, y en ella tuvo á raya por mucho tiempo á la doble fuerza empeñada en tomarla á toda costa. Del mismo modo en agosto de 1877, 3,000 rusos, al principio, y unos 13,000 despues, que con 40 cañones cu-

brían la extensa posicion de Shipka en los Balkanes, rechazaron constantemente, por tres días consecutivos, los impetuosos ataques de 50,000, ó más turcos, mandados por Suleiman Bajá.

Pudo, es verdad, el ejército peruano elegir una posicion defensiva más corta que la de Chorrillos y San Juan, desde la ribera del mar hasta los cerros del Este, en el fondo del valle, pero en tal caso los chilenos no habrían dejado de establecerse en esta con solidez, operacion que les habría proporcionado la gran ventaja de hallarse en inmediato contacto con su escuadra, así como la de poder atacar con facilidad al enemigo por el frente y por su flanco derecho, atenta la forma angular de dicha línea, y, lo que es más, la de poder contar con un punto inmediato y seguro para reorganizarse y volver á la carga, despues de un combate desgraciado.

Pero si se hizo bien, por parte de los defensores de Lima, en ocupar la línea de San Juan, ya que no trataron de impedir que sus adversarios se posesionasen del valle de Lurin, no se puede decir lo mismo, militarmente hablando, del hecho de haber repartido sus fuerzas entre dicha línea y la de Miraflores, poniéndolas así en peligro de ser sucesivamente arrolladas por toda la masa del ejército enemigo.

De muy distinta manera procedieron en idéntica situacion los generales que mandaban los ejércitos en la guerra civil de los Estados Unidos y en la última de Rusia con la Turquía, los cuales, léjos de pretender ocupar á un tiempo las diversas líneas de atrincheramientos que constituían un sistema de defensa, no lo hicieron sino sucesivamente, pasando de una á otra con todo el grueso del ejército hasta conseguir la victoria ó, por lo ménos, paralizar los esfuerzos del enemigo para alcanzarla.

Los directores de la guerra en el ejército del Perú no podían ignorar estos ejemplos, tan conformes á los dictados de la razon como á los principios de la ciencia; y si no se arreglaron á ellos, debemos atribuirlo más bien á plausibles motivos políticos y sociales que, á un lastimoso error en el desarrollo de las operaciones bélicas de que estaban encargados. En el ejército de Reserva estaba lo más florido de la juventud de Lima; estaban tambien muchísimos padres de familia que acababan de dejar el solio de la magistratura, las curules del legislador, ó los palacios do-

rados de la opulencia para ocupar un puesto entre los defensores de la tierra que les habia visto nacer; ni faltaban, tampoco, venerables ancianos que, oscilando en el ocaso de la vida, en medio de los resplandores de los servicios que en otros tiempos habían prestado á su patria, se apresurasen á situarse en la sangrienta trinchera, donde se da y se recibe la muerte al siniestro fulgor de las granadas que estallan, de las bayonetas que, centellean: ¡A tanto llegan las duras leyes de la guerra! “Bella matibus detestata,” dijo con razon Horacio, y Olmedo repitió:

.....“Lides sanguinosas
Que miran con horror madres y esposas.”

Puédese pues, afirmar con verdad que en el “Ejército de Reserva” se hallaban representados lo porvenir, lo presente y lo pasado de la república peruana; y era natural que no se quisiese exponer al peligro, sino en un caso extremo á tan preciosa porcion de la sociedad; propósito que se descubre en el nombre mismo que desde el principio se le dió al organizarla en cuerpo militar.

VII.

PLAN DE BATALLA.

El general en jefe del ejército chileno, rodeado de su activo é inteligente estado mayor, había contemplado varias veces, ya de un paraje, ya de otro, la posicion de Chorrillos, que domina en todas direcciones el terreno circunvecino con sus varias moles, estrechamente ligadas entre sí, á lo largo de las cuales el pardo color de la tierra recientemente removida determinaba los perfiles de las obras de campaña que formaban una como inmensa línea angulosa é irregular, guarnecida de cañones y erizada de bayonetas.

Ardua por demas debió parecer, con justicia, al general chileno la obra de atacar de frente tan ventajosa posicion, defendida por tropas armadas de rifles de retrocarga; pero ¿era, acaso, posible evitarlo? Tal fué el punto que se propuso examinar, y á este propósito, en el parte oficial que elevó á su gobierno, el 19 de febrero, dice lo siguiente:

« Siguiendo el camino de Mauchay se llegaba á atacar

« al enemigo por su flanco ménos defendido, y era posible
« interponerse entre la ciudad de Lima y el ejército
« que la defendía. Aparentemente era esta la mejor opera-
« cion estratégica; pero el camino que había que recorrer
« para realizarla era el más largo y exigía elementos de
« movilidad de que no disponíamos; nos alejaba mucho de
« la costa, haciéndonos perder el apoyo de nuestra escua-
« dra y permitía al enemigo apoderarse de Lurin para hos-
« tilizarnos por retaguardia.

« Siguiendo el camino de la costa teníamos, es verdad,
« que atacar de frente las posiciones más fuertes de la li-
« nea enemiga; mas, en cambio, el camino que había que
« recorrer era corto, nos acercábamos á la costa, *base ne-*
« *cesaria de nuestras operaciones* y quedábamos con nuestra
« retaguardia segura.

« Había aún una tercera operacion, y era la de amena-
« zar con una division por Chorrillos, mientras las otras
« dos llevaban el ataque por Monte-Rico Chico. Indudable-
« mente me habría decidido por ésta si hubiera contado
« con mayor número de fuerzas; pero me pareció ilusorio
« y peligroso pretender rodear á un enemigo superior en
« número, con fuerzas, que, divididas, se debilitaban con-
« siderablemente y no podían apoyarse en caso de necesi-
« dad, porque la distancia que debía separarlas era dema-
« siado grande y el terreno en que habían de operar muy
« poco conocido. »

« Me decidí, pues, á atacar por Villa, con todo el ejér-
« cito etc. »

Las consideraciones en que el general Baquedano funda su resolucion de atacar de frente las posiciones peruanas se hallan estrictamente ajustadas á las reglas del arte, y tienen en su apoyo la conducta constantemente observada en varias campañas por los más célebres generales de los tiempos modernos. Veámoslo:

El conservar la línea de retirada, ó sea la de comunicaciones con la base, en todo el curso de una campaña, es asunto de tanta monta que á asegurar la propia y á apoderarse de la del adversario tienden siempre los capitanes más hábiles en pulsar los medios conducentes á la victoria. Tal vez no se registra en los anales militares una sola guerra que no ofrezca ejemplos de lo uno y de lo otro. Contentémonos con citar los que siguen:

En la campaña de Salamanca de 1812, Marmont, por

medio de excelentes maniobras, llegó á amenazar por el flanco derecho la línea de comunicaciones del ejército inglés que ocupaba á la sazón la ribera izquierda del Dau-ro, desde Rueda al Guarena; y Wellington, para frustrarlo, tuvo que ejecutar un movimiento retrógrado hasta repasar el Tórnes en las inmediaciones de Salamanca.

En 1849 el ejército de Cerdeña se dirigía á Milan con el objeto de envolver á las tropas austriacas por su flanco derecho; mas inteligenciado el general Chzarnowski, que lo mandaba, de que su adversario había pasado el Tesino por el otro extremo, con la evidente mira de cortarle su línea de comunicaciones con la base, se vió en la necesidad de dar de mano el plan primitivo, y pasó, bien á pesar suyo, de la ofensiva á la defensiva, á fin de oponerse al ulterior desarrollo de las operaciones de los austriacos, dirigidos por el general Radetzki, que se encaminaba rápidamente á Novara.

En 1863, el ejército de Virginia ocupaba una formidable línea de atrincheramientos en la ribera sur del Rappahannock. Resuelto el general Lee, que lo comandaba, á tomar la ofensiva, concibió el plan de atravesar el Potomac y apoderarse de Washington, Baltimore y Filadelfia, envolviendo, al efecto, al ejército enemigo situado al norte del primero de dichos ríos. La ejecucion de este audaz proyecto, que difundió la alarma en los Estados del norte de la Union Americana, se hallaba muy adelantada cuando el general Lee, sabiendo que el ejército del Potomac habia ocupado Frederick, y que se aproximaba á las « Montañas del Sur, » con el objeto de cortarle su línea de comunicaciones con la Virginia, ordenó que al instante se suspendiesen los movimientos por él ordenados; y se vió en el caso de dar á sus tropas otra muy diferente direccion, cuyo resultado fué la batalla de Gettysburgo, con todas sus desastrosas consecuencias para la causa del Sur.

Posible es, sin embargo, recuperar la línea de comunicaciones, estratégicamente comprometida, ganando una batalla; mas si ésta se pierde, el desastre en semejante situacion es irreparable: díganlo si nó la batalla de Jena, dada en 1806 y la de Novara en 1849. El resultado de la primera fué que todo el ejército prusiano, cortado de sus líneas de retirada, cayese en manos del vencedor, quedando, por lo tanto, subyugada la Prusia; y la inmediata consecuencia de la segunda fué la abdicacion del rey de

Italia y el armisticio celebrado, como preliminar de la paz, por su sucesor Victor Emanuel con Radetzki, general en jefe del ejército austriaco.

El conculcar, pues, en la materia de que hablamos los principios de la estrategia, á trueque de aumentar las probabilidades de buen éxito en el terreno de la táctica, equivale á colocarse entre la victoria y una completa ruina. Ni la superioridad numérica de un ejército puede siempre evitar esta última, como lo acredita la experiencia. Federico el grande, venció en la batalla de Rosbach con 22,000 hombres á 50,000 del ejército franco-alemán, mandado por Soubise, y en la de Lenthén, derrotó con 30,000 prusianos á 80,000 austriacos. En 1706, 51,000 prusianos, mandados por Brunswick, fueron vencidos en Auerstett por el cuerpo de ejército del mariscal Davoust, que constaba apenas de 27,000 hombres. En 1866, el Archiduque Alberto, de Austria, puso en derrota con 75,000 combatientes á 120,000 italianos, á cuyo frente se hallaba el rey en persona, en la célebre batalla de Custozza; y, para no alargarnos más, recordaremos, finalmente, que en la guerra civil de los Estados Unidos, Lee venció en varias batallas á los Ejércitos del Norte, apesar de haber contado éstos con una superioridad numérica á las veces muy considerable. De consiguiente, sólo cuando no puede hacer otra cosa, debe un general aventurarse á dejar su línea de comunicaciones á merced del enemigo, con la esperanza de triunfar en el campo de batalla.

El ataque por Molina, siguiendo el camino de Pachacamac, fuera de presuponer el voluntario abandono de la línea de comunicacion y de retirada por Lurin hácia Curayacu y Chilca, implicaba un movimiento envolvente efectuado con el total de las fuerzas contra un enemigo superior en número. Ahora bien, como desde el reconocimiento practicado por el coronel Barboza el 9 de enero, los peruanos habían redoblado la vigilancia en la extrema izquierda de sus posiciones, no era dable practicar tal operacion por sorpresa, circunstancia indispensable para su buen éxito; pues de otro modo, mientras el ejército chileno hubiera recorrido el arco, por terrenos en parte estrechos y de fácil defensa, sus adversarios les habrían salido al encuentro por la cuerda, reuniéndose forzosamente las tropas de la línea de Chorrillos y San Juan con las de la línea de Miraflores en las buenas posiciones defensivas

que dominan la garganta que da paso al valle de Ate, en el punto amenazado. Además de esta desventaja, no pequeña para los chilenos, éstos iban á sufrir los fuegos de artillería de grueso calibre situada en los fuertes de San Bartolomé y San Cristóval, privándose al mismo tiempo del auxilio de los cañones de su escuadra y teniendo cortada su línea de retirada por las fuerzas que el enemigo no habría dejado de colocar en ella.

Para reconocer todo lo peligroso de semejante maniobra bastenos recordar lo sucedido en la batalla de Rossbach. Los franceses, confiando, eso sí, en la superioridad numérica de sus fuerzas, se propusieron envolver al ejército de Federico por su flanco izquierdo y cortarle la retirada hácia el río Saule; mas el Rey, luego que descubrió el objeto de la marcha de los contrarios, maniobró de tal modo que éstos, al tratar de envolverle, se vieron ellos mismos atacados de frente y de flanco, y sufrieron, en consecuencia, una derrota ignominiosa.

La teoría de la ciencia sobre este interesante asunto es muy digna de seria meditacion, y convencidos de ello, no podemos resistir al deseo de transcribir aquí los siguientes conceptos del escritor británico Hamley. “ Toda vez, “ dice, que un ejército que, confiando en sus calidades de “ combate hasta el punto de desear empeñarse con el to- “ tal de las fuerzas enemigas, cuenta con la probabilidad “ de envolverle por el flanco y la retaguardia, tiene á la “ mano una ventaja que jamás conseguiría maniobrando “ contra el frente del enemigo... Pero si un ejército fuere “ inferior en número, será mucho más prudente procurar “ dividir las tropas contrarias y batirlas en detal; por “ que el tratar de envolverlas por un flanco, equivaldría á “ compelir á los enemigos á efectuar aquella concentracion “ que precisamente debe esforzarse en impedir, como lo ha- “ bría hecho Napoleon si hubiese envuelto el flanco dere- “ cho de Wellington en Bélgica. Y aún en el caso en que “ pudiendo un ejército obligar al enemigo á entrar en “ accion, cuente con la facultad de optar entre romper el “ frente de éste, ó envolverle por el flanco, lo primero, se- “ rá, por lo general, preferible. Tal eleccion parece haber- “ se ofrecido á Napoleon en 1809; pues, al formar su plan, “ el 17 de Abril, pudo haber dejado á Davoust en Ratis- “ bona y marchar con su centro por Siegenburgo para “ unirse con Massena, que venia de Phaffenhofen, á fin de

“ avanzar reunidos por Mamburgo. De esta suerte se ha-
 “ bría colocado al flanco y retaguardia del ala izquierda
 “ de los austriacos, cortándolos de su gran línea de
 “ comunicaciones con Landsbut; pero así habría
 “ obligado á las fuerzas contrarias á concentrarse.
 “ Por lo tanto, aunque con este movimiento envolvente,
 “ su propia línea hácia Francia hubiera quedado también
 “ asegurada por Ulma, prefirió romper el centro, sin in-
 “ quietarse siquiera de la peligrosa marcha de flanco
 “ ejecutada por Davoust á lo largo del río. En este caso,
 “ pues, no ménos que en los más de los que pueden pre-
 “ sentarse, se verá *que el romper el frente es el medio más*
 “ *expedito y decisivo.* ”

Caso distinto, y muy usado en la guerra moderna, es el envolver al enemigo por el uno, ó por ambos flancos, amagándole ó envistiéndole á un mismo tiempo por su frente; pero como por esta operacion hay que dividir las tropas en dos ó tres trozos que, por lo general, no pueden prestarse mútuo apoyo, éstos corren riesgo de haber de combatir, así separados, con el total del ejército contrario; por lo cual ella no debe ejecutarse sino cuando se cuenta con fuerzas muy superiores en número á las que se trata de atacar. Con efecto, Sherman, en la campaña de Georgia, empleó sucesivamente dicha maniobra en diversas jornadas, desde Chattanooga hasta Atlanta, con 100,000 hombres contra 40,000, al principio, y contra 54,000 después. Grant, en la batalla de “Lookout Mountain,” Melikof, en la de Aladja Dagh y el general Gurco en las alturas de Pravea, hicieron también uso de tal operacion, siempre con fuerzas numéricas mayores que las de sus adversarios. Pero el practicarla con fuerza inferior á la del enemigo es un despropósito tan evidente, que con razon el general Baquedano, en su parte oficial del 19 de Febrero, apenas indica, como de paso, la imposibilidad en que estaba de ocurrir al arbitrio de amenazar por Chorrillos con una division, mientras las otras dos llevasen el ataque efectivo por Monte-Rico Chico.

Dedúcese de lo dicho que el ataque de la línea peruana por Villa y San Juan, sobre que estribaba el plan de batalla del general en jefe chileno, era preferible, atento el estado de las cosas en enero, á los dos modos de accion que acabamos de examinar; y esto, no únicamente por las razones que van aducidas, sino por otras que, en fuerza

de la importante materia que tenemos entre manos, no nos resolvemos á dejar de mencionarla, por más que nos arredre el temor de fatigar la atencion de los lectores de estas páginas. Colocado el ejército chileno delante de la línea atrincherada que se extendía desde Chorrillos á Monte-Rico Chico, se hallaba en direccion perpendicular á su línea de comunicaciones con Lurin, Curayacu y Chilca, y en contacto, por su flanco izquierdo, con los buques de guerra de su escuadra, que podían considerarse como otros tantos fuertes bien provistos de excelentes cañones modernos de grueso calibre y largo alcance. De consiguiente, si el ejército peruano se hubiese resuelto á tomar la ofensiva al principio ó en el curso del combate, habría atacado de preferencia el ala izquierda del enemigo, á fin de apoderarse de su línea de retirada y privarle del apoyo de su escuadra. Obtenido esto con la derrota del ala atacada, la victoria habría producido resultados más decisivos que otra consiguiente al ataque del ala opuesta; porque en este último caso, el ejército rechazado hubiera podido replegarse á su base con facilidad. Para impedir lo primero, era natural que los chilenos tuviesen sus reservas más cerca de su izquierda que de su extrema derecha, luego con aquella, y no con ésta, debían atacar al adversario; pues es bien sabido que, el ataque debe hacerse siempre con el ala reforzada, y no con la que no lo está ni puede estarlo; una vez, que, como dice un célebre tratadista, “ es tan imprudente debilitar la parte de la línea que “ más importa resguardar, como engrosar las fuerzas de “ ambas á dos, desguarneciendo proporcionalmente el “ centro.”

Si no nos engañamos, las reflexiones precedentes manifiestan que el plan reducido á atacar con toda la masa del ejército chileno la derecha y el centro de la línea peruana, con el intento de romperla á toda costa para penetrar en el valle de Chorrillos y envolver al enemigo por su retaguardia, prueba la incontrastable energía de carácter del general que lo concibió, al par que su genio guerrero y pericia militar. Sangrienta por demás tenía que ser indubitavelmente la jornada, pero “ no debe repararse en el “ sacrificio de muchas vidas, cuando por medio de él se “ puede obtener un grande resultado,” como dijo el general Mc. Clellan, en un oficio dirigido á Burnside, ordenándole, en la batalla de Antistan, que sin trepidar un ins-

tante, avanzase con sus tropas hasta tomar las posiciones de Sharpsburgo, lo cual, en efecto, sucedió.

VIII.

MARCHA DESDE LURIN AL VALLE DE CHORRILLOS.

Fijado el 13 de enero para la ejecucion del plan de batalla á que hemos hecho referencia, se puso en movimiento la infantería chilena, el 12 a las cinco de la tarde, y á las doce de la noche, la caballería, á fin de iniciar el ataque al amanecer del siguiente día. No vemos bien claro en los documentos oficiales, ni en otros de carácter privado que tenemos á la vista, el órden táctico preciso en que efectuaron su marcha las divisiones 2.^a, 3.^a y la reserva; mas la 1.^a division lo hizo en cuatro columnas, cuyas cabezas iban á una misma altura. Esta disposicion permitía á los cuerpos llegar casi simultáneamente á su objetivo, así como desplegar en dos ó tres líneas, con prontitud, aun cuando hubiesen sido atacados sobre la marcha; ventajas que no es posible obtener si se comete el despropósito de acercarse en una sola profunda columna al enemigo, dando á éste ocasion de envolver y destrozor la cabeza de aquélla ántes que puedan entrar en línea las sub-divisiones de la cola.

A las doce de la noche, toda la infantería y artillería, habían hecho alto á distancia de unos cinco kilómetros de las posiciones enemigas, en el órden siguiente:

A la izquierda, la 1.^a division, compuesta 6,420 hombres de infantería y doce piezas de artillería, debía atacar las posiciones de la derecha, desde el Morro Solar hasta Santa Teresa, las cuales eran defendidas por el primer cuerpo del ejército del Norte que, segun un documento fehaciente, constaba, el 12 de enero, de 5,801 hombres, incluidos 125 del escuadron "Escolta del Jefe Supremo."

A la derecha de la 1.^a division en la meseta de la tablada se hallaba la 2.^a division que, compuesta de 5,630 hombres de infantería y dos baterías de artillería de montaña, debía romper el centro de la línea enemiga, atacando las alturas de San Juan ocupadas por la mayor parte de los dos cuerpos del "Ejército del Centro." No podemos decir á punto fijo cual era la fuerza numérica de este ejército, pero segun los datos que se desprenden de su

organizacion, debemos presumir que ascendía á 10,000 hombres, de los cuales obra de 400 á 500 guarnecían la extrema izquierda de la línea en Monte-Rico Chico y sus inmediaciones. A retaguardia de los cerros de San Juan se había situado, como reserva, el segundo cuerpo del ejército del norte, que constaba de seis batallones con unos 3,000 á 4,000 soldados.

A retaguardia y un tanto á la derecha de la 2.^a division, seguía la 3.^a, compuesta de 4,166 infantes y cuatro baterías de artillería, dos de ellas de batalla y dos de montaña. Su objeto era tener á raya la izquierda del enemigo, y reforzar, en caso necesario, á las tropas encargadas de atacar el centro y la derecha.

La caballería con 1,271 ginetes llegó á situarse, á las 4 a. m. del día 13, segun el excelente parte oficial del general Maturana, Jefe de Estado Mayor General, "en la parte baja de la Tablada, oculta á los tiros de la artillería por un cerro que la cubría por el lado de San Juan."

La reserva general se estableció en la Tablada, á retaguardia de la 1.^a division: componíase de seis batallones con el total de 2,110 hombres.

La artillería de campaña del 2.^o regimiento, compuesta de... piezas, se estableció en las inmediaciones de la infantería de reserva.

Así en la derecha y el centro de la línea peruana había unos 18,000 hombres de infantería y además, como 1,000 de artillería. Estas posiciones iban á ser atacadas por 21,951 combatientes, incluidos 2,110 de artillería, número de soldados asaz diminuto para tamaña empresa: pues es bien sabido que "el ataque de una posicion fuerte defendida por tropas provistas de armamento moderno, requiere una fuerza doble ó triple de la que ántes se empleaba con idéntico objeto," y como esta tenía que ser, por lo ménos, igual á la que estaba á la defensiva, resulta que, ascendiendo las fuerzas que ocupaban la línea de Chorrillos á Monte-Rico Chico como á 20,000 hombres, el ejército chileno debió constar de 40,000 combatientes, en vez de los 23,000 que lo componían, y eso incluyendo en este guarismo la caballería. Si así no sucedió fué, probablemente, por que á tanto no llegaban los medios de que á la sazón disponía Chile para sostener la guerra en el inmenso territorio á que ella se extendía,

y hubo de resolverse á tratar de suplir el deficiente número de sus soldados con la probada bravura de éstos y el valor y pericia de sus generales, jefes y oficiales. La regla que acabamos de mencionar ha sido constantemente observada en las últimas guerras, y con especialidad en la última ruso-turca, por parte de uno y otro de los beligerantes. Citaremos, en comprobacion de esta verdad, los siguientes ejemplos: Los fuertes de Ardan en Armenia, defendidos por 8,000 turcos fueron atacados por 17,000 rusos. En el paso de Shipka asaltó Suleiman Bajá, el 23 de agosto de 1877, con 40,000 hombres á 13,000 rusos parapetados en dicha posicion. Después 12 batallones turcos que defendían los atrincheramientos de Gorny-Dubnik hicieron enérgica resistencia á 24 batallones enemigos que los embistiéron; y obra de 45,000 á 48,000 hombres, mandados por el general Haimann, atacaron de frente á 15,000 turcos atrincherados en la tremenda posicion de Deve-Boyun, hasta entónces tenida por inespugnable.

A las 3 a. m. del día 13 las tropas chilenas se pusieron en pié para continuar la marcha en direccion al enemigo.

Esta operacion, á consecuencia del prodigioso alcance de las armas modernas, requiere precauciones especiales, que en otro tiempo habrían sido inútiles é impertinentes. En el paso de Uflami, en los Balkanes, cinco batallones veteranos de Anatolia rompieron el fuego con sus rifles Peabody-Martini contra las tropas rusas, á distancia de 2,000 pasos, y en el trayecto que ellas tuvieron que recorrer, hasta la de 600 pasos del enemigo, en que, segun su reglamento deben comenzar á hacer uso de sus armas, les causaron perdidas muy considerables. Los estragos que hace la artillería moderna, se extienden todavia á mayor distancia; por lo cual aun ántes de los últimos adelantos hechos en esta arma, el campo de batalla se ha supuesto dividido en tres diferentes zonas. La primera se halla comprendida entre las distancias de 3,000 y 1,800 pasos del enemigo, y se considera que en ésta los tiros de cañon son ya *eficaces*. La segunda comienza á esta última distancia y acaba en la de 800 pasos. En ella los disparos de la artillería son *muy eficaces*, y los tiros perdidos de rifle causan uno que otro daño. Finalmente, la tercera empieza á 800 pasos y es la *zona eficaz* de los fuegos de fusilería. Tan grande alcance de las armas de retrocarga,

reunido á la gran rapidez de sus disparos, ha sido causa de las reformas radicales que se han efectuado en la táctica de infantería, y que tienden á frustrar, en cuanto posible sea, los efectos de ellos en las filas propias, procurando á un tiempo que tengan su lleno en las del adversario. A uno y otro propósito sirve admirablemente la *columna de compañía*, que por su corto frente, grande movilidad y poco fondo, no ménos que por su destino, que es convertirse en guerrilla, dejando, á las distancias convenientes, su sostén y su reserva, es hoy en dia la basa sobre que estriban el ataque y la defensa en los parciales combates y batallas campales. Esta forma, empero, que presupone una organizacion de las tropas, adecuada á ella, no estaba aún en uso, como ya lo hemos dicho, en la infantería chilena en la época á que aludimos; mas los comandantes de division, merced á su cabal conocimiento de los principios del combate moderno, amoldaron á éstos, en cuanto les fué hacedero, las formaciones reglamentarias de su táctica, al paso que el general en jefe, haciendo avanzar sus tropas en silencio, al abrigo de la oscuridad de la noche, atenuó el peligro que hoy se corre al atravesar la zona comprendida entre 4,000 y 3,000 metros, marchando de frente al ataque de una posicion.

IX.

BATALLA DE CHORRILLOS.

A las 3 y media de la mañana, comenzó el ejército chileno á avanzar resueltamente al asalto de las posiciones enemigas, no formando en las columnas denominadas de *ataque* por su reglamento, sino de muy distinta manera. La 1.^a division lo hizo en el órden de batalla, segun la acertada disposicion de su jefe, pues lo quebrado del terreno por donde ella hubo de pasar, le permitía moverse así concentrada, sin descubrirse demasiado.

La 1.^a brigada de la segunda division, por el contrario, teniendo que recorrer una llanura despejada casi hasta el pié de las lomas que le cupo en suerte atacar, se desplegó, desde que estuvo al alcance de la artillería enemiga, en varias líneas en guerrilla; disposicion á que su comandante el general Sotomayor dió en su parte oficial, con mucha propiedad, el nombre de *órden de combate*.

Es digno de observarse, que si la campaña de que se trata se hubiera efectuado ántes de la adopción del armamento de retrocarga, los papeles de la 1.^a división y los de la 2.^a, en cuanto á la manera de marchar contra el enemigo, habrían andado trocados; pues aquella, por lo quebrado del terreno, lo hubiera hecho en el orden disperso, y ésta, por lo llano de él, habría avanzado en batalla.

Antes de rayar el alba, la 1.^a división, descubierta por los peruanos en medio de la oscuridad, sufrió un vivísimo fuego de rifles, acompañados de los disparos de la artillería y de la lluvia de plomo de las ametralladoras; mas ella, desplegada ya en guerrilla, continuó avanzando con intrepidez, hasta que, á la distancia de 300 á 400 metros de las trincheras, rompió sus fuegos con imponente energía; y atacando algunos batallones con impetuoso denuevo ciertos cerros que ocupaba la derecha de las fuerzas peruanas, las tomaron. De allí fueron extendiendo sucesivamente el ataque con éxito cada vez más brillante y decisivo hácia la extrema derecha del adversario, en la cual dos batallones habían tomado ya á sangre y fuego importantes posiciones. Otras hubo, empero, entre Santa Teresa y San Juan, sostenidas por cuerpos que, reforzados por otros del centro, hacían mas encarnizada resistencia á las tropas encargadas de ocuparlas; mas el general en jefe chileno sin esperar, como erróneamente se practica en análogas circunstancias, el momento en que los suyos, abrumados por los fuegos de fuerzas superiores, comenzasen á retroceder, envió en su apoyo tres regimientos de la reserva; y así con el concurso de una y otra fuerza «el ala derecha del ejército peruano se rompió definitivamente y cedió el camino» replegándose sobre las alturas del Morro Solar.

Mientras la infantería de la primera división trepaba, como se ha dicho, las rápidas y arenosas pendientes de los cerros que se extienden de Chorrillos á Santa Teresa, su artillería de montaña los cubría de proyectiles desde el lado del sur, y también es probable que la de batalla de reserva, situada con maestría, por la parte oriental, casi en dirección al vértice del ángulo saliente formado por la línea peruana, se aprovechase de tamaño ventaja para hacer contra ellos fuego de entallada. De idéntica manera tronaban por el occidente los poderosos cañones de la escuadra.

Poco despues de haberse empeñado la reserva chilena

en el combate. llegó la 2.^a división al pié de las alturas atrincheradas de San Juan, y sin detenerse un instante las embistió con tal ímpetu, que á pesar de que los dos cuerpos de ejército peruano que las guarnecían rompieron contra ella un fuego por extremo nutrido de infantería y de cañón, se vió bien pronto, al traves de la nube de humo formada por los rápidos disparos de las armas de retrocarga, la bandera del regimiento Buin en el reducto principal, construido en la cima de un cerro situado al medio de los otros que formaban el centro de la línea atacada, los cuales eran escalados con igual intrepidez casi simultánea por los otros cuerpos de la misma división. Roto así el centro de la línea, sus defensores, arrollados de frente y envueltos por su retaguardia, sufrieron enormes pérdidas y huyeron en confuso tropel, siguiendo unos el camino de Chorrillos para atrincherarse en las casas de esta villa, y otros, en gran número, iban la vuelta de Tébes, como para rehacerse y volver á la carga.

En este glorioso ataque se observaron con exactitud los principios de la táctica moderna, 28 piezas de artillería de batalla y montaña concentraron sus bien dirigidos fuegos sobre las posiciones enemigas; la infantería avanzó en dos ó tres líneas, en el orden abierto, y embebiéndose sobre la marcha la segunda en la primera, el fuego llegó á su mayor grado de intensidad en el preciso momento en que ello era indispensable para acabar de vencer la resistencia del adversario; finalmente, puesto éste en derrota, una brillante carga de caballería, ordenada por el general en jefe en el fugaz instante en que ella debía producir, como en efecto produjo, los mejores resultados, fué llevada á cabo en la extensa llanura de Cascajal, dejándola cubierta de cadáveres, y á los sobrevivientes, en la más completa dispersión.

Rota por el centro la línea peruana, y barrida su derecha hasta el punto de verse arrinconada en el extremo occidental del Morro Solar y en la villa de Chorrillos que está á su falda sobre un barranco azotado por las olas del océano, la batalla se habría considerado ganada por los chilenos, si no hubiese estado á una hora de distancia intacto y de refresco el ejército de reserva peruano, que pudo avanzar en masa, considerablemente aumentado en su camino por los gruesos pelotones de los vencidos en San Juan, con el fin de recuperar las perdidas posiciones

de la primera línea, apoyándose en el cuerpo de ejército del coronel Iglesias, que encastillado en su puesto, lo sostenía tenazmente con heroica bravura.

Tan grave circunstancia estaba indicando á los chilenos la urgente necesidad de redoblar sus esfuerzos para apoderarse cuanto ántes del morro susodicho y de la villa de Chorrillos, destruyendo en ellos toda resistencia. Así lo entendió, sin duda, el coronel Lynch al empeñarse, como lo hizo, una y otra vez, con asombroso denuedo, en el ataque de la encumbrada cima del Morro Solar, á cuyo pié habia llegado con sus tropas mutiladas y jadeantes arrollándolo todo en una extension de cuatro kilómetros de terreno escarpado, defendido por fuerzas considerables y bien atrincheradas. Así lo entendió tambien, indudablemente, y desde el principio, el general en jefe al encomendar al impertérrito arrojo del Skobelev chileno el ataque de los vericuetos y empinadas crestas en que se hallaba encaramada el ala derecha de las tropas contrarias; al enviarle con toda prontitud los refuerzos que le eran menester para coronar su gloriosa obra, y más aún, al abrumar á los tenaces defensores de la villa de Chorrillos con todo el peso del ejército de Chile, encerrándola en un círculo de fuego, cubriendo el recinto de ella de bombas, granadas y metralla, y lanzando, por fin, sus huestes al asalto del enmarañado laberinto de callejuelas, techos y ventanas de esa lujosa poblacion, estremecida derrepente con el continuo estallar de los huecos proyectiles de cañon, con el traqueo incesante de los tiros de rifle y con los gritos de guerra de las tropas de uno y otro bando, que se hacian, á quema ropa, en cien y cien grupos, un fuego nutrido y certero hasta empeñarse de seguida en desesperada lucha á bayoneta, cuchillo y culatazos. Por último á eso de las dos de la tarde el ejército peruano de la línea de San Juan desapareció así en una como final explosion de gloria inmortal, y los soldados de Chile, recogiendo en Chorrillos los más costosos y sangrientos laureles de la jornada, se ciñeron con ellos la frente, y entonaron, al siniestro fulgor del incendio que devoraba la opulenta villa, el himno de la victoria en medio de humeantes cadáveres.

Este noble sacrificio del cuerpo de ejército comandado por el bravo coronel Iglesias ¿era acaso conducente á mudar la faz de la batalla en pró de los peruanos? De

ninguna manera, á no ser que se hubiese tenido en mira el caer con todo el grueso de las fuerzas acumuladas en la línea de Miraflores sobre las tropas chilenas, necesariamente desordenadas al principio por el impulso mismo de su propia victoria, apoyándose, al efecto, en las fuertes posiciones de Chorrillos, las que además habrían servido de eje á dichas fuerzas, para ejecutar con su ala izquierda un movimiento envolvente. Mas, si en nada de lo expresado se pensaba, el cuartel general peruano, al ver que la batalla estaba perdida, desde que los chilenos, rompiendo el centro, se descolgaron sobre el valle de San Juan, dominándolo con todas tres armas, debió ordenar la retirada de las tropas de Iglesias á la línea de Miraflores, en la cual habrían prestado importantes servicios en la batalla del 15. Esto ó no se ordenó ó no se ejecutó y ellas fueron, en consecuencia, acorraladas y deshechas.

Recordaremos en apoyo de las precedentes observaciones lo acaecido en la batalla de Madja, ganada por los rusos á los turcos el 24 de octubre de 1877. Luego que los primeros se apoderaron, mediante un sangriento ataque, de la colina de Eliateppesi, ocupada por los segundos, viendo Mukhtar Baja que su derrota definitiva era infalible, puso á sus tropas en retirada. Parece que en Constantinopla se criticó tal providencia por los exaltados; pero varios militares extranjeros de cuenta, enviados de Europa para que presenciasen la campaña de Armenia, dijeron á una, que habiendo el numeroso ejército ruso envuelto las posiciones de los turcos por uno de sus flancos, no quedaba á estos más recurso que emprender la retirada, ántes de que ésta se cortase, y que si en ello habia algo de criticable, no era, ciertamente, el movimiento retrogrado, sino que él no se hubiese efectuado sino demasiado tarde.

La batalla de Chorrillos costó á los chilenos, entre muertos y heridos, 3,310, de los cuales, 1843 pertenecian á la division Lynch; y como esta constaba de 6,890 hombres, incluidos 470 artilleros, resulta que sus pérdidas se elevaron á más del 26 por ciento. La batalla de Gravelotte, la más sangrienta de la última guerra franco-alemana, no produjo sino el 8 por ciento de bajas personales: de consiguiente no lo fué tanto como la de Chorrillos.

De parte de los chilenos, esta memorable batalla se halla caracterizada por la impetuosidad inicial, y el vigor

progresivo en los ataques, diestramente sostenidos, cuando era necesario, por refuerzos, no ménos oportunos que poderosos, como sucedía en las grandes batallas libradas en los últimos tiempos de la guerra civil de los Estados Unidos; por el pronto y eficaz apoyo que se prestaban entre sí los comandantes de division, muy ajenos del fatal egoismo y funestas rivalidades, que tan frecuentes son aún en los ejércitos europeos, y, finalmente, por el hecho de haberse mezclado en lo más ríscio de los combates individuos de tropa, no sólo de distintas compañías, si que también de diferentes batallones, regimientos y aun divisiones, sin que ello produjese confusión alguna en las filas; circunstancia que prueba la aptitud del soldado chileno para la guerra moderna, y lo mucho que se debe esperar de él, cuando sea prolijamente instruido en lo que en los actuales reglamentos tácticos constituye lo que se llama *escuela de combate*.

De parte de los peruanos lo que más caracteriza la jornada de Chorrillos es el haberse encerrado en la defensiva pasiva hasta el extremo de que su reserva no aparece en la línea de defensa para reforzar los puntos debilitados por el ímpetu de los ataques del adversario, y mucho ménos para emprender un contra-ataque decidido, como pudo haberlo hecho en los críticos instantes en que el general Lynch, despues de haber tomado varias veces el pulso á la batalla, en medio de la tempestad de plomo y de hierro descargada sobre él desde la cima del Morro Solar, esperaba con ansiedad los refuerzos indispensables para trepar en són de ataque la pendiente, por demás movediza y deleznable de ese Deve-Boyun de la línea peruana. A lo dicho puede añadirse el haberse sembrado un número considerable de bombas automáticas en las avenidas de las principales posiciones; medió de que ya se había hecho uso, sin fruto alguno, por los americanos del norte en uno de los hechos de armas de la guerra de separación.

Terminados los combates del 13, el ejército chileno acampó en el valle de Chorrillos, distribuido en las dehesas que se extienden desde el pié del Morro Solar hácia el Este en dirección de San Juan.

Hase dicho que en la noche de ese día, suponiéndose que todo el ejército chileno había de estar entregado á la embriaguez y al desórden, á consecuencia del saqueo de

Chorrillos, se pensó por parte de los peruanos en sorprenderlo atacándolo con unos 6,000 hombres. El objeto de tal operacion no podía ser sino uno de estos dos: ó empeñar una batalla absurda y á tientas en medio de la oscuridad de la noche, ó bien, únicamente, causar terror en el ánimo de los enemigos y quebrantar su moral. Si se intentaba lo primero, el número de 6,000 hombres habría sido á todas luces insuficiente para vencer á 20,000 soldados orgullosos con la victoria, de los cuales, dando de barato que haya habido unos 2,000 desparramados por la poblacion en estado de beodez, los demás se hallaban reunidos en sus campamentos. A lo ménos así lo aseveran los partes oficiales que se han publicado, así resulta de los informes de carácter privado que hemos podido recoger, y esto es tambien lo más natural y verosímil. Si se pretendía lo segundo, dicho número habría sido perjudicial, por excesivo; pues nadie ignora que las sorpresas se hacen con poca tropa, ora para evitar que no caiga ella misma en la confusión que se intenta producir en la del adversario, ora para que si no se sale bien de la empresa, el desastre sea en todo caso insignificante. En la magna guerra de la independencia de Colombia, de la grande, la gloriosa, la invicta Colombia, en que tuvo la dicha de nacer el que estas líneas escribe, y por cuya reconstrucción hace los más fervientes votos, el inclito Paez sorprendió cierta noche con 150 ginetes en las « Queseras de en medio » al aguerrido y numeroso ejército español causándole material y moralmente grave daño. Despues en la guerra que el gobierno del Perú hizo á nuestra patria, sorprendió el general Luis Urdaneta el 12 de febrero de 1829, por la noche, en el pueblo de Saraguro (provincia de Loja) á la 3.^a division peruana, la cual « creyéndose atacada por todas las fuerzas colombianas, se retiró en desórden sobre el grueso del ejército, abandonando sus almacenes, equipajes, algun armamento, municiones, caballos y acémilas. » No fué esto todo. « Al dia siguiente, dice el general Pozada Gutierrez en sus « Memorias, » hizo el general Flóres perseguir á los fugitivos, entre ellos iba el mismo general Lamar y en la persecucion se le cogieron 200 mulas, 80 cargas de municiones. 2 piezas de batalla y muchos prisioneros. » Es tambien digna de mencionarse la célebre sorpresa que no ha muchos años, en la guerra de

la Rusia con el Estado de Turkestan, dió el general Skobeleff con 150 cosacos á unos 7,000 Khokandenses, quienes, sobrecogidos de pánico, abandonaron su campamento dejando en él 40 muertos, 37 estandartes, 2,000 turbantes, 3,000 fusiles y sables y otros artículos. No se aviene, pues con estos ejemplos la sorpresa proyectada por algunos jefes peruanos la noche del 13 de enero, ni la otra de mayor bulto intentada por los aliados la víspera de la batalla de Tacna, nada ménos que con toda la masa de su ejército; por lo cual, su resultado negativo á nadie ha debido sorprender.

X.

BATALLA DE MIRAFLORES.

El 14 por la mañana, la 3.ª division pasó á establecerse á la entrada de la pequeña poblacion del Barranco, situada entre la villa de Chorrillos y la de Miraflores, á obra de dos kilómetros de la una y de la otra. La 1.ª division se colocó un poco á retaguardia de la tercera en las dehesas contiguas al camino de hierro por su lado oriental, y el resto de las tropas continuaba en las posiciones que había ocupado la vispera.

En tal estado “ despues de varias conferencias habidas el 14 y en la mañana del 15, dice el Jefe de Estado Mayor, en su parte oficial, se arribó á un ligero armisticio de pocas horas, que debía durar hasta las 12 de la noche del 15; pero bajo la condicion de que nuestro ejército, sin atacar al enemigo durante el plazo convenido, podría, no obstante, continuar su movimiento comenzado, y desarrollar su línea de operaciones dentro del campo que dominaba. ”

En cumplimiento de una órden comunicada ántes de haberse llegado á convenir en el pacto referido, el coronel Lagos, comandante general de la 3.ª division, había destacado á vanguardia del Barranco, en calidad de avanzada, poco más de una compañía de infantería que se estableció, á las ocho de la mañana del 15, detrás de uno de los vallados de tapias que dividen la multitud de pequeñas dehesas, ó potreros, que forman uno como tablero en

Salta

ÍNDICE.

	Páginas.
I. NUESTRO PROPÓSITO.....	3
II. PREPARATIVOS BÉLICOS.....	5
III. EL DESEMBARQUE	9
IV. RECONOCIMIENTOS.....	11
V. ORGANIZACION	12
VI. POSICIONES.	14
VII. PLAN DE BATALLA	17
VIII. MARCHA DE LURIN AL VALLE DE CHORRILLOS... ..	24
IX. BATALLA DE CHORRILLOS	32
X. BATALLA DE MIRAFLORES	34
XI. REFLEXIONES GENERALES	40
APÉNDICE	45

